

DOMINGO V ORDINARIO “A”

“A todos ha de llegar la luz de Cristo para que todos den gloria al Padre”

Is 58,7-10:

1Co 2,1-5:

Mt 5,13-16:

“Entonces nacerá tu luz como la aurora”

“Les he anunciado a Cristo crucificado”

“Ustedes son la luz del mundo”

I. LA PALABRA DE DIOS

El camino de los hombres para encontrarse con Dios y glorificarlo es el de las obras buenas de los discípulos de Jesús. Las obras buenas de los cristianos hacen descubrir a Dios como “amor”. Los discípulos de Jesús son para sus hermanos los hombres **«sal y luz»** cuando, mediante las buenas obras y renunciando a sí mismos, hacen visible y comunican el amor de Jesucristo. El discípulo de Jesús “ha de ser vela encendida, que a todos resplandece y sólo para sí arde: a sí se gasta y a los demás alumbría” (Francisco de Quevedo).

Esas buenas obras son: **«parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que va desnudo»...** Con ellas **«romperá tu luz como la aurora, y detrás irá la gloria del Señor».**

Ser luz y sal es saber que nadie hay inútil, si sabe poner lo que tiene a disposición de todos. Si te dejas iluminar por Cristo serás cristiano. Si por ti llega a otros su luz, serás testigo.

«Para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre». Glorificar a Dios es reconocerlo como el Dios verdadero, que actúa en quienes viven según el espíritu de las bienaventuranzas. La *gloria*, el *resplandor* que reviste cualquier intervención divina entre los hombres, es signo de su presencia activa en los cristianos, y provoca en los no creyentes de buena voluntad admiración y reconocimiento de la santidad divina. “Los buenos, entre los malos, con su vida y obras predicarán más que los que predicen en los púlpitos, pues más es obrar que hablar” (San Francisco Javier).

San Pablo sufrió mucho y pasó una gran aflicción por la Iglesia de Corinto. Se presentó ante ellos **«débil y temeroso»**, **«sin querer saber cosa alguna sino a Jesucristo y este crucificado»** (2.a Lect.). La cruz es la gran obra del amor.

II. LA FE DE LA IGLESIA

La luz del mundo significada en el Bautismo
(1243)

Por Cristo, con Él y en Él, los **bautizados** son **«la luz del mundo»**. La vestidura blanca simboliza que el recién bautizado se ha **«revestido de Cristo»**; que ha resucitado con Cristo. El cirio que se enciende en el cirio pascual significa que Cristo ha iluminado con su Luz al nuevo cristiano.

**El nuevo Pueblo de Dios,
sal de la tierra y luz del mundo**
(782)

Dios quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí sino haciendo de ellos un **pueblo** para que le conocieran de verdad y le sirvieran con una vida santa. La **misión del Pueblo de Dios es ser la sal de la tierra y la luz del mundo**. Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano.

**La fidelidad de los bautizados,
fundamento de la evangelización**
(2044-2046)

La **fidelidad** de los bautizados es una **condición primordial** para el anuncio del Evangelio y para la misión de la Iglesia en el mundo. Para manifestar ante los hombres su fuerza de verdad y de irradiación, **el mensaje de la salvación debe ser autentificado por el testimonio de vida** de los cristianos. El testimonio de la vida cristiana y las obras buenas realizadas con espíritu sobrenatural son en sí mismo eficaces para atraer a los hombres a la fe y a Dios.

Los cristianos, por ser miembros del Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo, contribuyen a la edificación de la Iglesia mediante la **constancia de sus convicciones y de sus costumbres**. La Iglesia aumenta, crece y se desarrolla por la santidad de sus fieles.

El **deber de los cristianos** de tomar parte en la vida de la Iglesia, los impulsa a actuar como **testigos del Evangelio** y de las obligaciones que de él se derivan. Este testimonio es transmisión de la fe **en palabras y obras**.

El **testimonio** es un **acto de justicia** que establece o da a conocer la verdad. Todos los fieles cristianos, dondequiera que vivan están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra al hombre nuevo de que se revistieron por el **bautismo** y la fuerza del Espíritu Santo que les ha fortalecido con la **confirmación**.

Los discípulos de Cristo se han "revestido del Hombre Nuevo, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad". Desechando la **mentira**, deben rechazar toda **malicia** y todo **engaño, hipocresías, envidias y toda clase de maledicencias**.

El martirio, testimonio supremo de la verdad (2472-2474)

Ante Pilato, Cristo proclama que había «*venido al mundo: para dar testimonio de la verdad*» (Jn 18, 37). **El cristiano no debe «avergonzarse de dar testimonio del Señor»**. En las situaciones que exigen dar testimonio de la fe, el cristiano debe profesárla **sin ambigüedad**, a ejemplo de san Pablo ante sus jueces. Debe guardar una «*conciencia limpia ante Dios y ante los hombres*».

Mártir significa "testigo". El martirio es el **supremo testimonio de la verdad de la fe**; designa un testimonio que llega **hasta la muerte**. El mártir da testimonio de **Cristo**, muerto y resucitado, al cual está unido por la caridad. Da testimonio **de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana**. Soporta la muerte mediante un acto de **fortaleza**. "Déjenme ser pasto de las fieras. Por ellas me será dado llegar a Dios" (S. Ignacio de Antioquía).

Con el más exquisito cuidado, la Iglesia ha recogido los recuerdos de quienes llegaron hasta el extremo para dar testimonio de su fe. Son las Actas de los Mártires, que constituyen los **archivos de la Verdad escritos con letras de sangre**.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

En el Bautismo, "por la comunión con Él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los Cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna" (San Basilio).

"Te bendigo por haberme juzgado digno de este día y esta hora, digno de ser contado en el número de tus mártires... Has cumplido tu promesa, Dios de la fidelidad y de la verdad. Por esta gracia y por todo te alabo, te bendigo, te glorifico por el eterno y celestial Sumo Sacerdote, Jesucristo, tu Hijo amado. Por El, que está contigo y con el Espíritu, te sea dada gloria ahora y en los siglos venideros. Amén" (S. Policarpo, mártir).

"No me servirá nada de los atractivos del mundo ni de los reinos de este siglo. Es mejor para mí morir para unirme a Cristo Jesús que reinar hasta los confines de la tierra. Es a Él a quien busco, a quien murió por nosotros. A Él quiero, al que resucitó por nosotros. Mi nacimiento se acerca..." (S. Ignacio de Antioquía, mártir).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

Dame, Señor, la firme voluntad, compañera y sostén de la virtud; la que sabe en el golfo hallar quietud y, en medio de las sombras, claridad; la que trueca en tesón la veleidad, y el ocio en perennal solicitud, y las ásperas fiebres en salud, y los torpes engaños en verdad.

Y así conseguirá mi corazón que los favores que a tu amor debí le ofrezcan algún fruto en galardón...

Y aún tú, Señor, conseguirás así que no llegue a romper mi confusión la imagen tuya que pusiste en mí. Amén.